

JORNADA RAMA FAMILIAR 1995

SACRAMENTO DEL MATRIMONIO (2)

P. Rafael Fernández

Cristo se hace presente en el esposo y se hace presente también en la esposa; vive en la esposa, ama en la esposa. Como Cristo está presente en la Iglesia. La Iglesia está llena de la gracia de Cristo. Y Cristo regala a esa Iglesia su espíritu, el Espíritu Santo. La Iglesia es la comunidad del Espíritu Santo; está unida, amalgamada, por la gracia del Espíritu Santo. Y esto hace que la Iglesia esté abierta a Cristo mismo, al Padre Dios y que sea fecunda en ese mundo. Cristo regala a la Iglesia su Espíritu y la gracia es la plenitud del Espíritu Santo, y por eso es virgen y madre, como María, la plena de gracia. Y esa plenitud de gracia la hace ser Virgen y la hace ser Madre.

¿Qué significa Virgen? En los textos del Antiguo Testamento veíamos cómo era llamado Israel. La virgen, la hija de Sión, la esposa, era Israel. ¿Qué significa en relación a esta virgen que fue infiel, esta Virgen, María, que es fiel? Ella, como Inmaculada Concepción, como Virgen, pertenece sólo a Cristo y es para Cristo. Y esto es lo que, de alguna manera, por el sacramento del matrimonio, tendría que reflejar el signo de la esposa, el signo sacramental de la esposa. María, la plena, plena del Espíritu Santo, está enteramente volcada hacia Cristo, hacia su Esposo que es Cristo. Asimismo, la esposa tendría que estar volcada a su esposo que es para ella la imagen de Cristo. Sin duda que esa entrega va más allá que esa persona concreta. Pero en esa persona concreta se entrega al Señor. En definitiva, su corazón pertenece al Señor, a Dios; él es su esposo, pero ese sponsalicio con él, con Cristo, se realiza en la persona de este intermediario sacramental que es el esposo. Y la esposa tiene que ser signo del misterio de la Iglesia.

¿Cuál es el misterio de la Iglesia? El pertenecer totalmente a Cristo, el estar abierta a Cristo. En la profundidad del corazón de la esposa, la última realidad, la riqueza de ella, es esa pertenencia a Cristo. Y es eso lo que tiene que manifestarse en personas concretas, en signos, para que la Iglesia vea qué es lo que tiene que ser ella como Iglesia. Muchas veces la Iglesia se pierde en organizaciones, en reflexiones, en ideas, en planes y deja su misterio, el misterio que le da su fecundidad. La Iglesia puede ser madre de la humanidad y redentora, medianera de gracias, porque está enteramente volcada a Cristo. Lo propio de la esposa es esa entrega personalísima al Señor.

San Pablo desarrolla más la imagen del esposo y le pone exigencias extraordinariamente fuertes. La imagen de la esposa no la despliega en toda su plenitud. Aquí tendríamos que hacer un trabajo más profundo para descubrir qué es la Iglesia y quién es la esposa como imagen de la Iglesia. Algunas rasgos señalamos: esa relación personal, esa persona que vive en Cristo, por Cristo, para Cristo, que es de Cristo y que su gloria es estar en Cristo; que es también reina con Cristo.

En este contexto, el P. Kentenich habla de la actitud sponsal de toda la creación que, de suyo, la representa toda mujer. El Padre toma un término de la teología escolástica; habla de la potencia obediencial. Toda creatura, todo ser creado, frene a Dios, es potencia obediencial; está abierta a lo que Dios quiera hacer de ella. Nosotros, como creaturas racionales, libres, asumimos esa disponibilidad radical, libre -esa disponibilidad de toda creatura por ser obra de Dios- sicológicamente en la medida en que nos abrimos a la acción

de Dios, en obediencia a lo que él quiere decirnos, a lo que él quiere darnos. Por eso, la actitud de María-Virgen que sólo está abierta para Dios y que escucha, que recibe la Palabra y esa Palabra se hace fecunda en su seno: "He aquí la esclava del Señor, que se haga en mí según tu Palabra".

Esa actitud creatural, esa actitud que personifica a María, esa actitud que tendría que ser la actitud fundamental de la Iglesia frente a Dios, frente a Cristo, es la que, por el sacramento del matrimonio, cada esposa está llamada a encarnar. Y tiene la gracia para encarnarlo, para ser esa mujer plena del Espíritu Santo, para ser esa mujer virgen, en el sentido de pertenencia exclusiva a Dios tal como ella pertenece exclusivamente a su esposo.

Es esto lo que nosotros tenemos que vivir; de ese tenemos que transustarnos; ésa es la gracia del sacramento del matrimonio. No obstante, en otros ámbitos podemos tener muchas otras misiones, otras realidades. Pero en algún lado, Dios quiere manifestar esto.

En ese sentido, en el matrimonio se produce una fecundación mutua, una retroalimentación en la medida en que el esposo es imagen y presencia de Cristo, que da a la esposa una seguridad, una plenitud, una alegría de novia esplendorosa, como se describe en la epístola a los Efesios. Y a la vez, el marido recibe de la esposa la actitud sponsal frente a Dios, sin lo cual no se salvaría. Recordemos la frase de la san Pablo: "Yo los desposé a ustedes como casta virgen con un sólo varón, con Cristo". Y aquí no se hace diferencia de hombre y mujer; se refiere a toda criatura. Y el varón, en cuanto hombre, no se salva sino asumiendo esa actitud sponsal de su esposa.

Por eso, el Padre Kantenich repite tanto esa frase: No se salva el hombre sino por la mujer. Y vale para el matrimonio en forma especial. El esposo tiene que salvarse, redimirse, en su masculinidad que tiende tanto a la autonomía, etc., por la actitud de receptividad que le enseña la esposa.

Son éstos los misterios que están detrás del sacramento del matrimonio.

Esta virgen que es pura, que es fiel, que es plenamente abierta y llena del Espíritu de filialidad y que enseña al esposo a ser niño. "No entrarán en el Reino de los cielos si no se convierten como los niños". En este contexto, en clave sponsal, que los esposos no llegarán al Reino de los cielos si no asumen la actitud de filialidad sponsal que se da en la esposa y que ella está llamada a transmitirles.

Ambos cónyuges no son solamente imagen de Cristo y María, sino que son la comunidad, la biunidad; forman un consorcio de redención, tal como Cristo y María son fuentes de redención para la humanidad. Para entender esto en forma más clara, leeremos algunos trozos del P. Kantenich. El Padre, estando en Dachau, escribió muchos versos de los cuales el Hacia el Padre es sólo un resumen. El Padre escribe sobre la unidad de Cristo y María en lo que se llama *El Espejo del Pastor*. Si nosotros queremos penetrar el misterio de nuestro matrimonio tenemos que ir al paradigma: Cristo-Iglesia, Cristo-María. Y el P. Kantenich describe esta la profundidad de esta bi-unidad de Cristo-María, biunidad que cada matrimonio está llamado a encarnar. Como matrimonio tenemos la vocación de ser una reedición de esa bi-unidad.

Por voluntad del Padre, por su bondad y su poder,
(María) es y permanece, en el orden de la redención,

la Cooperadora y Compañera esponsal
que con el Esposo nos conduce hacia el Padre.

Aquí ya se muestra cómo este Esposo y esta Esposa, Cooperadora y socia esponsal, conducen hacia el Padre. Y en el caso del matrimonio, en primer lugar a los hijos. Pero no sólo a sus hijos. Ambos, el matrimonio como comunidad de redención, tienen una irradiación, una responsabilidad, tienen a su cargo un campo de la Iglesia. Tal como toda la Iglesia en su conjunto tiene a cargo la humanidad, cada matrimonio, como parte de esa Iglesia, tiene a cargo una parcela de esta humanidad. Y lo primario en esa parcela son los hijos, pero también los parientes, sus amigos, sus compañeros de grupos, todos aquellos que llegan a su hogar, a esa iglesia doméstica que conforman y que está sustentada en estos dos pilares que son el esposo y la esposa.

La compañía íntima y esponsal de la segunda Eva
confiere a la redención nueva calidez,
enciende nuestro amor y despierta nuestra confianza
pues la vemos enaltecida como persona humana.
Así puede caminar como segunda Eva junto a la segunda Cabeza
y está fielmente a su lado.
Ella lo hace con dignidad en nuestro nombre
actuando junto a Cristo, paso a paso, en toda la redención.

Es decir, ambos conforman una fuerza de trabajo y, paso a paso, van realizando juntos la obra de la redención. No se trata simplemente de vivir juntos, de desarrollar una actividad, de tener una vida agradable, sino que ambos, paso a paso, van asumiendo la tarea de redención que el Padre Dios les está presentando. Y en esa tarea de redención pueden haber miles de cosas. Dios puede pedirles un gran sacrificio, como puede ser la pérdida del trabajo, al enfermedad de un hijo, etc. Todo eso, todo ese dolor, tienen que asumirlo juntos y hacerlo ofrenda al padre para la redención de los suyos, de sus amigos, de sus compañeros de trabajo, etc.

Si como matrimonio no entramos en esa dinámica, nos quedamos siempre fuera del sacramento del matrimonio y, en el mejor de los casos, podemos vivir un matrimonio natural.

Desde el momento en que ella (María, valientemente dio su sí
está atada, unida y desposada tan profundamente
con el ser, actuar y la vida del Señor
que con él sólo conoce la salvación del mundo.

Piensen ustedes, en sí mismos, hasta qué punto como esposa, está unida, atada, desposada, profundamente con el ser, el actuar y la vida del Señor. Esto supone que el marido ha hecho partícipe a la esposa de los suyos, y que juntos están asumiendo una tarea. Y si el esposo está trabajando, no sólo lo está haciendo en el orden natural, no solamente está contribuyendo al bienestar del mundo, ganando dinero, sino que ese trabajo debe convertirse en fuente de redención. Y el "trabajarás con el sudor de tu frente" tiene que ser una labor de corredor en Cristo, en la cual se siente acompañado y realizando esa labor con la esposa, y ofreciéndola al Padre Dios con la esposa, aunque estén a miles de

kilómetros de distancia; están trabajando juntos, confabulados en la misma obra de redención.

En las nupcias de la cruz me has inscrito
con sangre y fuego en tu corazón;
también yo te inscribo profundamente en mí corazón,
siempre debe ser para mí, Madre y Reina.

La culminación de la unión nupcial de Cristo y la Iglesia se da en la cruz. Por eso les decía que en la historia de la espiritualidad de la Iglesia, la cruz es el lecho nupcial.

¿Quién podría contar todas las amargas lágrimas que has derramado por mi nuevo nacimiento
unida en amor a tu esposo?

¿Es una realidad en nosotros esto? ¿Quién podría contar todas las amargas lágrimas que hemos derramado por el nuevo nacimiento, por la redención de nuestros hijos, pero unidos en amor como esposo y esposa? ¿Hasta qué punto es verdad esto en nuestro matrimonio?

Contigo quiso redimir él este mundo miserable
tan noble hizo todo tu ser.
Tú debías ser siempre para él Cooperadora,
consagrando a él y a su obra tu vida.
MI amor esponsal llega a ser un amor de ofrenda
que lleva hasta el altar todo lo que alberga el corazón;
que sobre la patena se deposita lleno de alegría a sí mismo
y todo lo que mueve al pequeño corazón.

Muchas veces nosotros no tenemos idea de lo que pasa en el corazón del otro. Muchos menos, por lo tanto, podremos llevar como una sola ofrenda todo lo que alberga, en alegría y en dolor, nuestro corazón. Pero el sentido del sacramento es la fusión en una sola ofrenda. Y para eso tiene que existir la profunda fusión de corazones entre nosotros como esposos.

El esposo te ha enaltecido tanto
que él no quiere doblegar la furia del infierno
sin tu libre actuar que él quiso incorporar en su plan;
el Esposo no hace nada sin su Esposa.

Es eso lo que hizo Cristo. El, como Dios, pudo redimirnos solo. El esposo en concreto solo no puede hacer muchas cosas; pero él como símbolo, como imagen...

Para esto, ambos esposos tienen que fundirse en una misma ofrenda, en una misma misión.

Haz que se encienda nuestro amor esponsal,
haz que caigan las vendas del corazón y de los ojos;
que nuevamente abraza el amor nuestro corazón
tal como ese amor consumió sin descanso a la Madre-esposa.
Haz que podamos comprender a la Madre como esposa
para que podamos ver como en un santo espejo
todo lo que logra la unión esponsal

cuando ese amor penetra profundamente a la esposa y al esposo.
 Ambos corazones palpitaron constantemente al unísono
 como una vigorosa y ardiente llama de amor;
 marcharon como Esposo y Esposa por el mundo
 preocupados sólo del querer del Padre.
 Entregaste todo tu sentir, tus pensamientos, tu vida,
 indivisamente al Esposo;
 sí, él te pertenecía a ti y tú eras suya
 tan profundamente como sólo la biunidad puede darlo.

Ese es el misterio de nuestro matrimonio y a esto tenemos que llegar.

¿Se dan cuenta que aquí palidece toda psicología y que si entráramos en esta dinámica no necesitaríamos tanto del psicólogo, del psiquiatra para que arreglaran nuestro matrimonio y que ayudaran a caminar por la vida alegres, plenos, apoyándonos, sustentándonos el uno en el otro, siendo fuente de vida para los demás?

A insinuación de la Hna. María Angélica, una oración del Hacia el Padre, que se llama *Séquese mi diestra*, que está escrita para las Hermanas Marianas. Pero en el fondo, el Padre se refiere a la misma realidad; lo que vale para una persona consagrada es el misterio de Cristo y su Iglesia. La unión que vivió el Padre con su Familia en Dachau, todo lo que se expresó en el Jardín de María no es sino esta realidad. Es el Jardín de pequeñas Marías, que en Cristo, por Cristo y con Cristo giran en torno al Padre. Y este Jardín de pequeñas Marías era el Jardín de las Hermanas y del P. Kentenich. Es la realidad sponsal. Toda la realidad de la Iglesia es una realidad sponsal, y las personas consagradas la viven y deberían leerla también en el matrimonio. Es decir, ustedes, como matrimonios, tienen que enseñarnos a las personas consagradas cómo vivir la realidad, el misterio sponsal. Esta realidad la vivió plenamente el Padre con las Hermanas, en el Jardín de María, desde Dachau.

Esta oración, que está escrita en lenguaje sponsal, a ese nivel de personas consagradas y en relación a la pertenencia a la comunidad, es muy fácil traducirla a nivel matrimonial concreto.

No puedo concebir nada más hermoso en la tierra
 que regalarme a mi esposa (a)
 y ser un auténtico compañero (a) suya (o)
 en cuerpo y alma,
 entregando a él todas mis fuerzas.

Este es el misterio del matrimonio; nos entregamos en cuerpo y alma. A veces esta entrega se entiende sólo en el plano de la unión sexual, pero en la realidad profunda se trata de la entrega como persona, cuerpo y alma, que tiene, en el matrimonio, su expresión cumbre en la unión sexual. Pero la unión sexual no es la cumbre sino que es la expresión cumbre. La realidad cumbre es esta pertenencia mutua que se expresa y se corrobora en la unión sexual. Pero si esa realidad de pertenencia y entrega mutuas en cuerpo y alma, como Cristo se entregó a su Iglesia y la Iglesia se entregó a Cristo con cuerpo y alma, no se da la realidad de una unión sponsal profunda. En el sacramento del matrimonio esto se hace más palpable, más sensible y se expresa, se culmina en la unión sexual. Por eso es tan

trágica la unión sexual en los esposos cuando no es expresión, efecto, producto, fruto de esa otra esponsalidad, unión esponsal profunda.

Otros podrán alabar sus familias
y desarrollarse en ellas según su estilo;
para mí, en esta tierra, no hay dicha mayor
que esforzarme con magnanimidad
por nuestros ideales:
Sea Dios mi testigo,
séquese mi diestra si de ti, XX, yo me olvido.

Para nosotros existe un lugar de salvación que es nuestro matrimonio. Nuestra unión es sagrada, santa, y nos santifica. Y sólo seremos santos en la medida en que entregue a esta persona, a nuestra esposa, a nuestro esposo, y que nos entreguemos a él o ella con todo nuestro ser y alma para constituir este consorcio de salvación, esta comunidad salvífica. Por eso, nuestro orgullo es pertenecer a ella o a él y conformar juntos esta familia de cuya santidad somos responsables.

Con alegría puedo llevar mi anillo
que anuncia a todo el mundo:
pertenezco para siempre a mi cónyuge;
para ser suyo (a) he nacido,
vivo en mi familia nacida de la mano de Dios
porque en su bondad Dios me escogió para ella.
Sólo en ella y en ningún otro lugar de nuestra tierra
podrá garantizarse tanto mi salvación.

Es decir, así como para nosotros, sacerdotes o personas consagradas, nuestra salvación está en la pertenencia a nuestra comunidad, de los Padres de Schoenstatt, o de las Hermanas Marianas, y ahí se realiza nuestra salvación y no en otro lugar, no en los jesuitas ni en el clero secular, también para ustedes, su salvación está garantizada por el sacramento en su hogar, con este esposo, con esta esposa, y no en otro lugar ni con otra persona.

Perteneciendo por entero a Cristo y a nuestra Madre
que llenos de benevolencia siempre se inclina hacia mí,
podré luchar heroicamente por la verdadera santidad
y ofrecerla día a día, con gozo, a Dios.

Recordemos también esa Consideración del Hacia el Padre: *En Cristo Jesús nos ata un estrecho vínculo*, donde se dice:

esta persona me da alas,
para refrenar con ahínco las malas pasiones.

Es decir, todo mi crecimiento en la santidad está ligado a esta persona, no a otro. Y por amor a ella yo me santifico y con ella ambos somos fecundos en santidad, para los nuestros.

Con libertad soberana
puedo ir de un lugar a otro
si Dios así lo quiere,

pero nunca abandonaré a mi esposo(a)
que busca estrecharme con íntimo amor.
Sea Dios mi testigo,
si de ti, XX, yo me olvido.
Sus aspiraciones, su amor, su dolor y su oración
me ayudan a alcanzar el puerto eterno;
lo que con sacrificios de amor ha conquistado
me ayuda para que un día,
entone el alegre canto de victoria.

Aquí tiene que darse esa realidad que la santidad del esposo es fruto de la la cruz de la esposa, de su entrega, de mi oración, y que él se salva por mí así como yo me salvo por ella.

Por su esfuerzo noble y puro
quiere el Padre colmar mi alma en abundancia
y porque con sencillez hacia el Padre

(cambio cinta)

La santidad me significa diariamente
un nuevo estímulo.
Con él (ella) quiero luchar
por la palma de la victoria
y entonar cada día alegres salmos de amor.

Pensemos, hasta qué punto en nuestra vida concreta, esto se realiza; a veces ni siquiera rezamos juntos. En la Militancia, nosotros estamos empeñados en guardar, semanalmente, un momento de mayor intimidad, de diálogo, de profundidad de oración como esposos y es muy difícil lograrlo. Pensemos que si no lo logramos, este mundo que nos propone el Padre, permanecerá como un libro sellado con siete sellos. Esto no brota espontáneamente, de un día para otro. Es como la gracia del bautismo; podemos bautizar a un niño, pero si no cultivo esta gracia, este niño en la práctica puede ser un paganito. Lo mismo sucede en el matrimonio.; podemos casarnos por la Iglesia, podemos tener todas las gracias a nuestra disposición, pero si no las cultivamos para llegar a ser una comunidad salvífica como matrimonio, no pasará nada. Si ahora no ponemos manos a la obra, no no lograremos.

Pero estamos seguros que si queremos lo podremos lograr; de esto no tenemos dudas porque tenemos la gracia del sacramento. Así como estamos seguros que cualquier hijo de Dios que ha sido bautizado puede llegar a ser un cristiano adulto, maduro, porque tiene aseguradas las gracias para ello.

¿Cómo estamos renovando nuestro matrimonio? San Pablo dice a Timoteo : "que la gracia de Dios no sea vana en ti, la gracia que recibiste por la imposición de las manos". Le está llamando a renovarse en esa gracia. En este contexto, ¿nosotros no tendríamos que renovar las gracias del sacramento del matrimonio día a día? Hay matrimonios que lo hacen, que han generado ritos, gestos propios para hacerlo, como el besarse las argollas mutuamente. Otros, lo hacen en el momento de la comunión, van a comulgar juntos. ¿Cómo celebran el aniversario del matrimonio? ¿Sólo con una fiesta, con una comida? Esto es fantástico, un gran regalo, pero no es lo más profundo. Tendríamos que descubrir ritos, ceremonias,

celebraciones, que nos lleven a profundizar esta realidad sobrenatural, nuestro matrimonio en un plano superior, sobrenatural, como una comunidad de salvación.

Tan entrelazado con mi esposo (a)
que todo el que lo (la) alabe, a mí debe alabarme.
Y el que lo (la) desprecie, a mí tendrá que despreciarme,
hasta tal punto han de considerarnos una sola unidad.

Es decir, es tan fuerte lo que hemos logrado que cualquier cosa que le sucede a él o a ella, repercute en el otro. Recordemos la otra oración del P. Kentenich: Tan entrañablemente amo a la Familia, que yo y ella nos consideramos un solo ser... De su santidad vivo y me sustento...

Sus arrugas, faltas y debilidades
nunca destruirán mi respeto por él (ella)
no permitiré jamás que sus limitaciones humanas
me aparten del gran amor que le profeso.

Aquí hay algo que es muy importante en todo lo que tiene que ver con el pensar y amar orgánicos. Si vemos a la otra persona sólo en su realidad contingente, humana, nunca lograremos esta realidad. Si, en cambio, vemos en el otro a Dios, a Cristo, a María, podremos amar con toda el alma, con todo el corazón, a una persona que, de suyo, está llena de imperfecciones, de limitaciones y, más todavía, de pecado.

Si para nosotros, este esposo o esta esposa, es una persona mañosa, fregada, no podemos amarla humanamente. Ciertamente, hay una sabiduría natural de descubrir siempre lo grande, lo positivo, lo hermoso del otro, pero hay una sabiduría sobrenatural: más allá de esta persona, estamos amando al Señor en ella; en esta persona está Dios. Y aunque a veces, su envoltorio no es tan impecable, en ella está Dios. Es esto también lo que nos hace ser fieles. En ella estamos siendo fiel a Dios y por eso la estabilidad y fidelidad hasta la muerte. En el plano humano solamente, esto no se sostiene, no es posible.

Y aunque me desengaño,
nunca me apartaré de su lado.
Lo que el (ella) me dio
quiero retribuírselo
elevando siempre su esfuerzo
hacia lo más alto.

Nos mantenemos
inseparablemente unidos.
Arda el fuego del amor
a nuestra familia,
en ella y con ella
quiero luchar y vencer;
por mí debe ella
cumplir su misión.

Los que una vez nos entregamos
el uno al otro,

nunca seremos motivo de vergüenza
para Schoenstatt y la Iglesia.
La fidelidad que allí nos juramos
permanecerá siempre,
ninguno ha de perderse.

Considero como una de las mayores gracias
que en su bondad me ha concedido
el Dios que conduce mi vida
el que me haya benigneamente guiado
hacia mi esposo (a).
Si pudiera agradecer como debiera.

Sea Dios mi testigo,
séquese mi diestra
si de ti yo me olvido.

Es una oración hermosa. Esta realidad nos da alas, nos abre horizontes, nos muestra nuestro matrimonio en otra perspectiva; es capaz de transformar nuestra vida. La carga de nuestros hijos es grande, es inmensa. Ya desde que nacen, horas sin dormir, de vigilia en la noche, cuando son adolescentes, cuando se ponen herméticos, cuando nos dan un portazo, cuando caemos del pedestal en que nos tenían... Y después cuando se casan y vemos que se casan con esa persona que no nos gusta, etc, etc. Pero somos padres y estamos encargados de su santidad.. Toda esa cruz, si la asumimos juntos y la convertimos en una ofrenda, seremos tremendamente fecundos.

Y aunque quizás no veamos la fecundidad en nuestra vida, nada se pierde. Dios todo lo registra y el grano de trigo que juntos sembramos, que cayó en la tierra, que murió, será fecundo en nuestros hijos. Y este hogar nuestro será una fuente de bendición, de salvación para nuestros amigos, para nuestros parientes, para nuestros compañeros de trabajo, para nuestros compañeros de grupo, para Schoenstatt. A partir de nuestro Hogar Santuario, a partir de nosotros. A veces me quejo de que los Hogares Santuarios son sólo rincones de oración y no fuentes de vida, de gracia, de renovación. Parece que las gracias de transformación, de fecundidad apostólica no fluyeran desde ese Hogar Santuario que debiera ser centro de nuestra iglesia doméstica, un foco de redención.

Eso debe ser un Hogar Santuario y éste parte de nuestro matrimonio, de nosotros esposo y esposa pero que se conciben en un plan de salvación. Por eso las contribuciones al capital de gracias; por eso lo más esencial para un Hogar Santuario son las contribuciones al capital de gracias. Lo más importante es que Dios, Cristo nos redimió en la cruz. Y nosotros, o hacemos de la cruz un instrumento de redención o caemos aplastados, destruidos por la cruz, como sucede normalmente. Y el hogar se deshace. ¡Cuántos conflictos existen! pero no los sabemos ver bajo esta luz; y son todas oportunidades que nos da Dios como esposos, de nuestra fusión de corazones y de nuestra fecundidad redentora como esposos.

Les he expuesto todo esto quizás en forma muy desordenada. Es una forma de ver el matrimonio que no es común, a mi juicio. LO común, lo máximo es que se diga a los esposos: ámense como Cristo ama, como Cristo amó a la Iglesia. Pienso que eso lo realizó

en forma perfecta el P. Alberto Hurtado y Juanita de Los Andes, sin ser casados. Es decir, no podemos quedarnos ahí solamente. Lo hermoso que es que el matrimonio son dos personas y que hay un consorcio de santidad, de santificación. Y esto es lo nuevo. Lo esencial de la santidad, que es el amor que se entrega, que se da heroicamente, lo han vivido todos los santos, vírgenes, confesores; pero ellos no nos pueden mostrar, no son signo del misterio de amor entre Cristo y la Iglesia. Sólo el matrimonio lo puede mostrar y éste es el privilegio del sacramento del matrimonio. Esta indisoluble fusión de corazones, este vivir el uno en el otro, para el otro, con el otro; el compartir mano a mano una misión y morir por ella, sólo se da en el matrimonio. Podría hacerlo una pareja con buena amistad, algo se podría acercar, pero ustedes, como matrimonio, están facultados, tienen la fuente de gracia para hacerlo en un grado superior de tal manera que ello sea luz del mundo, que irradie, que transmita.

Nosotros tendríamos que estar llenos, proliferar esta realidad matrimonial. Y ésta la renovación que queremos y para ello necesitamos militancia, porque el resto de las personas llega hasta por ahí solamente. Ayer, unos instructores de novios me contaban que una pareja, al preguntarles por qué se casaban, ni siquiera tenían idea quién es Dios. Es un caso extremo. La mayoría de las personas se casan para recibir una bendición; esto no es el matrimonio, de ninguna manera. El sacerdote ciertamente da una bendición, pero el matrimonio es un sacramento que se dan los mismos esposos a ese sí mutuo que los confabula en la cruz, en la redención, en la gracia.